

LA ESPERANZA.



Goya.

Periódico semanal literario.

PROGRESOS

DE

LA LITERATURA ESPAÑOLA.

(CONCLUSION.)

Estaba reservado al siglo XIX, este siglo pensador y filosófico en el que marchitas las grandes pasiones de la juventud de los pueblos, se refugia el alma en lo mas íntimo de la conciencia, à pesar de todos los esfuerzos de la razon orgullosa y fría, llevar los adelantos de nuestra literatura al eminente grado de esplendor desde el cual refleja hoy dia sus puros rayos de gloria sobre ingenios esclarecidos, lanzando esas chispas de luz que acaso en los futuros tiempos, levanten viva y resplandeciente llama.

Nosotros, que solamente hemos recogido la herencia de destruccion de años anteriores, hoy vemos con asombro al siglo XIX presentarse animado de las tendencias mas alhagüenas, pidiendo cuenta à los llamados filósofos de las instituciones antiguas que abolicieron sin reformarlas, del auge y fomento que le ofrecieron y que no han podido darle, y por último de la esperanza en el porvenir que ha visto desvanecida. Del largo periodo de luchas y vaivenes interiores que hemos atravesado, de la pugna continua de las ideas y del movimiento complicatorio de los intereses sociales, una sola certidumbre hemos venido à encontrar hasta el dia, à saber: que el espíritu cansado de sus dudas necesitaba consuelos y esperanzas y el alma tenia sed de ilusiones y creencias. Entónces

hemos buscado la fuente del saber con el anhelo del sediento y nos hemos acogido á la sombra del árbol del corazon, esperando tal vez que el murmullo de sus hojas nos den la inspiracion que anfibicionamos. De aquí dimana ese tinte melancólico y opaco en que está bañada la fantasía de nuestro siglo, prestándole por decirlo así su verdadero carácter distintivo.

Cuando llegue la posteridad (porque llegará sin duda) leerá con asombro y pavor los rápidos progresos del siglo XIX y entónces idólatra de los genios que han florecido en nuestra época, seguirá las huellas que trazaron con honra y prez de la nacion española.—J. DEL C.

BIOGRAFIA DE EUGENIO SUE.

(CONTINUACION.)

Es así como sucesivamente fueron apareciendo una porcion de sus obras, que pueden colocarse en el orden siguiente:

Novelas marítimas: *Kernock el Pirata*, *Plick y Plock*, *Atar-Gull*, *la Salamandra* y *el Vigía de Koatwen*.

Historias marítimas: *Historia de la marina francesa bajo el reinado de Luis XIV*, y *Compendio de la historia de la marina militar de todos los pueblos*.

Novelas históricas: *Lacreaumont*, *Juan Cavalier*, *Letorieres* y *el Comendador de Malta*.

Novelas de costumbres: *Arturo*, *la*

Cucaracha, *Dyleytar*, *Palacio Lambert*, *Matilde*, etc. etc.

Dramas: *Latreaumont*, *la Pretendiente*, y muchos melodramas de grande espectáculo. (Los señores Dinaux y Legouvé han tenido parte en estas obras dramáticas.)

Novelas filosóficas y sociales: *Los Misterios de Paris* y *el Judío Errante*.

Las primeras obras del señor Eujenio Sué, anuncian un espíritu sumamente libre de preocupaciones, y una naturaleza simpática y fogosa. En medio de las imágenes fantásticas del narrador, y aun tal cual vez junto á la paradoja, se reconoce siempre al observador profundo, que vé el mal en torno de sí, y que prueba el triunfo de la perfidia y de la violencia con un sentimiento vago de la subversion social. El instinto de una alma generosa, inspiró á Sué su preciosa obra de los *Misterios de Paris*; sin embargo él ha repetido varias veces, que el superior pensamiento de ella lo debe á los consejos de una crítica sana y benévola; lo que nos presenta un rasgo de modestia poco comun. El hecho es, que desde el primer capítulo, antes que voz alguna se hubiese levantado en alabanza del escritor, éste ha producido la prueba de una soberana fecundidad de crítica, esponiendo sábiamente el vicio de la sociedad actual, y haciendo una indicacion clara y distinta de las vias de verdadera reforma. En el momento en que el autor del *Judío Errante* vaya á tocar la cuestion de la organizacion del trabajo, no tiene mas que ponerse á la vista como modelo el primer diseño de la representacion del *Chore*. (Concluirá.)

ELENA.

¡Qué perspectiva tan pintoresca presenta al viagero una fértil campiña en cuyo agradable recinto se elevan multitud de arboles, poblados de espeso ramaje, que enlazándose forma una apacible sombra que mitiga el excesivo calor del rigoroso estío; en donde mil doradas espigas, ondeando al blando soplo de la brisa, hacen adormir con su murmullo al fatigado caminante; en donde el alma recibe una grata impresion al escuchar el canto de las aves y el susurro de las cristalinas fuentes. En estos amenos sitios donde la fecunda naturaleza colocó una perpétua vegetacion, descubriase no há mucho un jóven de nobles facciones y gentil prescucia, recostado sobre el blando césped; su tremula mano pulsaba un lúgubre laúd: entre cuya vibracion se escuchaba una amorosa cancion: á veces el canto era interrumpido por un doloroso suspiro y una lágrima ardiente se desprendia de los fatigados ojos del jóven. Pareceria sin duda misterioso el estado de Alfredo, que tal era su nombre, pero el que se halla visto prendido en la red de una infausta pasion, el que haya perdido hasta la esperanza, no se sorprenderá al contemplar el estado melancólico y triste de este desgraciado. Alfredo amaba á la hija del conde H., pero éste, desoyendo las súplicas de Elena y sacrificándola á sus miras de orgullo y ambicion, trataba de mirarla eternamente al duque F. á quien ella aborrecia; el día de tan infausto enlace se aproximaba á medida que se aumentaba la desesperacion en los dos amantes que se idolatraban entrañablemente. Todas las tardes cuando el astro de luz se dirigia al tibio ocaso, el infeliz Alfredo tendia sus pausados pasos á la campiña y como ya le hemos visto, entonaba sus dulces trobas con apa-

gado cecento, al mismo tiempo que contemplaba un rústico edificio que se descubria á lo léjos; era la mansion donde habitaba su adorada, aquella Elena que pronto debia perder para siempre.

(Continuará.)

LETRILLA.

Huyamos, Dorila,
con paso veloz,
que en esa floresta
se anida el amor;
tú no le conoces,
lo anuncia el albor
que en esa mejilla
tiene su mansion:
¡ah! nunca tu pecho
la flecha ocultó
que el ciego Cupido
clava con traicion;
candorosa y pura
cual rayo del sol
nunca en torno tuyo
sus alas batió;
así gozas calma
sin agitacion,
mientras gime triste
aquel corazon
que al yugo amoroso
débil se riudió:
mas ¡ah, gran trastorno
tu rostro sufrió!
de tu nívea frente
turbóse el albor,
y esa tu mejilla
que siempre mostró
una suave tiuta,
ora se tiñó

de firme carmin;
no me engaño, no,
tú amas, desgraciada,
ya no hay compasion
en ese tirano
que así se atrevió
á herir la inocencia
de tu corazon,
Huyamos que acaso
el taimado dios .
no dispare el dardo
que en el arco armó.
Así á una aldeana
hablaba un pastor
mientras silencioso
con paso veloz
se acercó hácia ellos
el dios del amor,
y blandiendo el arco
escapar dejó
una de sus flechas
que el aire rasgó,
y á dos corazones
¡ay! atravesó.

A.

VARIEDADES.

PROGRESOS DE LAS IDEAS PACIFICAS.

Los estudiantes de la Universidad de Heidelberg, en el gran ducado de Baden (Prusia) acaban de abolir el uso del duelo y de decidir que en adelante harán que las diferencias suscitadas entre ellos, sean juzgadas por un jurado de honor compuesto de diez de sus iguales, elegidos por los dos adversarios. Este ejemplo ha sido imitado consecutivamente por los estudiantes de Hoenigsberg.

AVARO HEMBRA.

Ha muerto en Bernay (Eure) una vieja soltera, modelo de la mas sórdida avaricia. Hacia quince días que nadie habia penetrado en su alcoba, que respiraba la porquería y la miseria. Cuando se hubo entrado en ella se encontraron sacos de oro y plata sobre una mesa carcomida; y en su granero se ha hecho idéntico descubrimiento debajo de un monton de basura é inmundicias. El total asciende á 1620 francos.

Dos dias antes de espirar, como su criada la hubiese velado dos noches seguidas, le instó para que tomase alguna cosa reconfortable para alimentarse, un huevo por ejemplo; pero observando que aquella ponía mucha manteca para freirlo, hizo una exclamacion y le obligó á quitar la mitad diciéndole: «é ese paso mi provision de manteca, no podrá durar la temporada del año.»

Buscaba un andaluz un caballo y le trageron uno por el cual pedian 25 pesos.—«Os daré 15 de contado, dijo al vendedor, y os quedaré debiendo lo demas.»—Está bien, respondió este.—Pasado algun tiempo fué á cobrarle los 10 pesos.—«Acuérdese usted, camarada, de nuestras condiciones, le advirtió el comprador.—Díge, «que quedaria debiendo lo demás, y no lo deberé en cuanto os pague.

Cádiz 1845.—Imprenta de B. Nuñez,
calle de S. José núm. 46.